

CHRIS EALHAM: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, 381 páginas.

Que los hispanistas angloamericanos han pesado mucho en la historiografía española es algo sabido y que nadie discute. Los nombres de Gerald Brenan, Raymond Carr, Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Edward Malefakis, Richard Robinson, Stanley Payne, Ronald Fraser o Paul Preston, entre otros, resultan familiares para cualquier licenciado en Historia o para cualquier lector medio-culto aficionado a los libros sobre la II República o la Guerra Civil. Después de aquella generación, aunque nunca se haya igualado su pujanza, se ha mantenido el goteo de incorporaciones de autores jóvenes a esa larga pléyade de hispanistas de habla inglesa. En los últimos tiempos, a los nombres citados se han unido los de Pamela Radcliff, Helen Graham o Nigel Townson. El último de la lista es Chris Ealham con este libro traducido al español el mismo año en que vio la luz en su lengua materna.

En el prólogo, Paul Preston no escatima alabanzas a la hora de ensalzar el estudio de su alumno, del cual en gran manera se siente responsable directo. Así, lo califica de «espléndido y esperado trabajo», «libro extraordinario» de una «originalidad excepcional», que brinda un «revelador enfoque interdisciplinario» de historia social nunca ensayado en ningún otro idioma. Y lo hace parangonándolo nada menos que con la obra de Edward P. Thompson, en la medida en que Ealham apuesta por estudiar la «economía moral» del proletariado barcelonés durante el primer tercio del siglo xx. Para Preston, en este libro se pueden encontrar los «verdaderos orígenes» de la lucha social en la Cataluña de aquel período, porque, más allá de las ideas, de los clásicos estudios sobre movimiento obrero o la política institucional, esta investigación, que se inspira en los enfoques de la sociología urbana y cultural, bucea en la vida de las personas que tuvieron que afrontar situaciones extremas en un período de crecimiento capitalista acelerado. Por ello se le da prioridad al análisis de cuestiones poco tenidas en cuenta por los historiadores hasta ahora: el problema del desempleo, los altos alquileres, el aumento del precio de los alimentos, la represión de la criminalidad, etc. Como el propio autor advierte, Barcelona, capital del anarcosindicalismo europeo en esas décadas, constituía un laboratorio ideal para plantear una historia «desde abajo», una historia social de los desposeídos que interrelacionara las esferas de la cultura popular, el espacio urbano, la protesta y la represión, principal y casi única vertiente de la política institucional esta última que interesa al autor.

Estructurado en ocho capítulos, el libro comienza abordando el desarrollo económico y político de la capital catalana. Ealham calibra el alcance de su expansión demográfica, el crecimiento urbano, la sucesiva aparición de nuevos barrios obreros y la segmentación social del espacio. Su atención se centra en la aparición de dos *ciudades* enfrentadas dentro del mismo recinto —la ciudad burguesa versus los guetos proletarios— y de sus diferenciadas pautas morales.

El miedo burgués a las «clases peligrosas» y las estrategias de control social, por definición brutales, interpuestas por el Estado liberal para contrarrestar las amenazas potenciales derivadas de ese proceso de cambio social encarnarían la primera ciudad. Su antítesis social y moral la encontramos en los barrios obreros (los *barris*), punto de partida de la resistencia popular: mal estructurados, carentes de servicios y con una población trabajadora poco cualificada víctima de los especuladores, la inflación y las pésimas condiciones laborales estipuladas por unos patronos que se resistían a cumplir la legislación social...

Pero la ciudad obrera no era sinónimo de un caos contrapuesto a la pulcritud de la ordenada ciudad burguesa. La ciudad obrera tenía un orden propio, con sus ricas formas de solidaridad en unas calles erigidas en espacio ideal de una sociabilidad esencialmente democrática. En ese marco, la familia obrera constituía el vértice de la arquitectura proletaria, donde los *barris* se asemejaban a pequeñas repúblicas cuyas pautas morales bebían de una «cultura de defensa» desde la que violar la ley («requisar alimentos» por ejemplo) se consideraba lógico y natural para llegar a fin de mes. Las prácticas antipoliciales a las que se recurría formaban parte del todo, de ese espacio en el que emergieron los grupos de afinidad anarquista y el sindicalismo revolucionario, no como algo impuesto desde arriba sino como algo consustancial a la sociabilidad vecinal que recogía formas de protesta y tradiciones populares más antiguas. El anarcosindicalismo se limitó a moldear una visión proletaria del mundo autónoma, un proyecto contrahegemónico, gracias sobre todo a su capacidad para incluir a los desposeídos de todos los orígenes y condiciones (parados, inmigrantes, jóvenes, delincuentes...) a través de su red de ateneos, clubs deportivos y excursionistas, grupos naturistas, escuelas racionalistas, etc.

Aquella ciudad fracturada en dos fue la que acogió la proclamación de la República en 1931, embriagada por esa fiesta popular que también se manifestó por las calles de otras ciudades españolas. Sin duda, los capítulos centrales del libro son los más logrados. En el capítulo 3 se nos cuenta «el nacimiento de la ciudad Republicana»: lo cual, dicho de otra forma, constituye un retrato novedoso del republicanismo de izquierdas catalán. Ese movimiento populista que de coquetear con el anarcosindicalismo y las clases populares derivó a la defensa de un orden emanación lógica de sus bases sociales mesocráticas. El republicanismo catalán se proyectó como un nuevo poder que por el camino dejó ver una dimensión represiva obsesionada con la inmigración («los murcianos»), los parados, los maleantes y toda la gama de elementos «indeseables» que hacían peligrar su proyecto nacionalista. De ahí que al final se erosionaran las libertades civiles con una política represiva en la que paradójicamente se advertían líneas de continuidad con la época de la Monarquía. El denominado «Plan Macià», que pretendió demoler el Raval, ejemplificó la apuesta republicana por una política de orden público autoritaria.

La resurrección del anarcosindicalismo, salido de las catacumbas al término de la dictadura y beneficiado por una expansión impresionante, alimentó y

capitalizó a un tiempo el descontento popular frente a la República. Aquella expansión se vio lastrada por importantes divisiones y fracturas internas, pero las mismas no le privaron de protagonizar el «verano caliente» de 1931, un intento por ganar el terreno perdido en las relaciones laborales, según el autor, y no un ataque revolucionario al Estado republicano como tantas veces se ha escrito: «la Confederación quería recuperar la dignidad colectiva del proletariado». Sólo la represión alentada desde el Gobierno republicano-socialista explicaría que se optara después por una «política armada basada en el desencanto», puesto que la primera reacción del mundo anarcosindicalista al proclamarse el nuevo régimen había sido de euforia y esperanza.

Por tanto, una estrategia defensiva y no de confrontación sería lo que nos encontramos aquí. No en vano, los parados habrían jugado un papel primordial en las protestas de 1930-1931, actuando casi siempre al margen de los sindicatos. Si se transgredía la ley frente a comerciantes y caseros con «incautaciones» y «requisas», el recurso a la venta ambulante ilegal o las huelgas de inquilinos era para asegurarse la supervivencia física. A lo mismo responderían las manifestaciones de los desempleados en las que se disputaba el espacio público a las autoridades. En palabras de Ealham, estas prácticas de autodefensa evidenciaron la conciencia colectiva de los límites de la «libertad» bajo la República, dando pie a una guerra larvada que al final se canalizó a través de la radicalización de la organización confederal. Los radicales de la CNT-FAI no habrían hecho otra cosa que prestar su voz a los desposeídos y desencantados por el proyecto de la «República de orden». La FAI, más en particular, hizo suya esa movilización y apoyó los saqueos y robos («apropiación proletaria») porque suponían un ataque a la ley, los valores y las relaciones de propiedad del orden vigente. El uso de la ilegalidad se concibió como anarquista y revolucionario.

Ealham no descuida en su estudio el análisis del «anarquismo militarizado», es decir, el ciclo insurreccional integrado por los levantamientos armados de enero de 1932 y enero y diciembre de 1933, que también tuvo su prolongación en la vida cotidiana a base de la «lucha de resistencia» de los grupos de acción («los expropiadores»), implicados en el cobro del «impuesto revolucionario» y «la expropiación armada», que se tradujo en asaltos a bancos y a los bolsillos de los particulares. En ese período, de acuerdo con nuestro autor, la CNT encontró en tales prácticas una de las bases de su financiación. La principal novedad con respecto a lo ya sabido es que Ealham plantea estas acciones como una insurrección de masas en la que se habría implicado la «muchedumbre armada», no sólo los activistas más combativos, aun cuando, no sin contradecirse, reconoce que la afiliación al sindicato cayó en picado justo en esos dos años.

Pero aquellas luchas conformaron una batalla que fue más allá del mero enfrentamiento armado. En puridad, también se trató de una batalla cultural en la que lidiaron discursos contrapuestos. Por un lado, resucitó el «pánico moral» de la burguesía, extendido ahora también a las clases medias, de las cuales se hicieron portavoces los republicanos de izquierda que gobernaban la ciudad. Su

estrategia retórica confluyó con la de las viejas elites dominantes, desembocando en la justificación de una autoridad fuerte empeñada en crear chivos expiatorios para legitimar la represión y las políticas sociales excluyentes. Una vez más, como en el pasado, «nos encontramos ante el lenguaje del poder» esgrimido frente a los desposeídos, sólo que ahora parte de las izquierdas —incluidos los minoritarios socialistas catalanes— coincidieron con las derechas para neutralizar la lucha antiestatal de la CNT.

Para combatir las premisas del poder republicano, los desposeídos se agarraron a las formas de la ilegalidad popular dirigidas a desvelar la naturaleza «criminal» del capitalismo. Para los anarquistas el crimen encontraba justificación en tanto que era un fenómeno ligado a las condiciones sociales y políticas vigentes, una forma de redistribuir la riqueza injustamente repartida. En la contracultura anarquista popular, los políticos y los capitalistas eran «los verdaderos estafadores de la humanidad», de ahí que lo que la ley definía como asesinato no siempre fuera un acto criminal. Que esta forma de interpretar la realidad gozaba de una legitimación popular se demostraría por la buena imagen y la admiración que disfrutaban los «expropiadores» en los *barris*, ese submundo donde los activistas armados hallaban refugio siempre que lo necesitaban. Sólo después del fracaso de aquel ciclo insurreccional y, sobre todo, tras la dura represión de octubre de 1934 crecieron los sectores que dentro de la CNT criticaron el maximalismo ácrata barcelonés. En 1935, volver a atraerse a los Sindicatos de Oposición y a los *treintistas* se convirtió en una necesidad perentoria dada la creciente amenaza «fascista». Esa convicción de última hora explicaría el giro a favor del Frente Popular que también acabó arraigando en el mundo libertario. Después de las elecciones de febrero de 1936, ese universo entró en una fase de reorganización interna, expectante ante los acontecimientos que tan rápidamente se sucedieron en aquella primavera y en los inicios de aquel verano.

Una vez que estalló la guerra civil, más que interés por defender las instituciones republicanas durante las jornadas de julio de 1936, la movilización popular se produjo para proteger la comunidad y la «esfera pública» proletaria de sus enemigos. Ni que decir tiene que en la construcción de Ealham esa movilización fue decisiva para derrotar a los golpistas, permitiendo a la CNT erigirse en la dueña y señora de la capital catalana. Aun cuando la organización no se hizo con todo el poder, sus bases llevaron la revolución a las calles. Por momentos, a través de los comités revolucionarios que eclipsaron al Gobierno central y a la Generalitat, se habría hecho realidad el sueño colectivo de erigir un mundo basado en la justicia económica y social. Los comités habrían encarnado una forma radical de democracia de barrio. Con su violencia, «las cuadrillas [milicias] perseguían un objetivo de pureza comunitaria, un vecindario purgado de reaccionarios, y la construcción de una ciudad revolucionaria». Por fin parecía llegada la «nueva democracia obrera». La proletarianización generalizada de la vida diaria conllevó la colectivización de la economía, la limpieza simbó-

lica de la ciudad de todo lo que recordara el pasado, el cierre de las cárceles, orfanatos y juzgados, así como la destrucción de la imagería religiosa. Al final, sin embargo, la necesidad de dar prioridad a la guerra y las políticas de orden a las que se comprometieron las otras fuerzas de izquierda dieron al traste con aquel sueño revolucionario.

Nadie puede negar que el libro de Ealham es atractivo en cuanto que presenta un enfoque metodológico muy original. Pero puestos a ser críticos, este libro adolece de un gran problema de partida que planea a lo largo de todos sus capítulos. Perfectamente se le podría aplicar aquello que escribiera hace más de treinta años Juan Pablo Fusi de una célebre historia del movimiento obrero muy en boga entonces: que el cuadro resultante se halla más cerca de Dickens que de Marx. Me atrevería a añadir incluso que la equiparación se podría establecer aún más con el cuadro mítico que transmiten películas como *Tierra y libertad* de Ken Loach o *Libertarias* del también cineasta Vicente Aranda. El problema de *La lucha por Barcelona* no es que sea una historia de los desposeídos, es que es una historia militante escrita desde posiciones consecuentemente anticapitalistas y sectarias, lo que lleva a su autor a caer una y otra vez en las simplificaciones y el maniqueísmo más burdos.

Conforme se avanza en sus páginas, una vez advertida la hechura teórica de Ealham, el lector se va encontrando todos los tópicos imaginables que la historia más vulgar ha ofrecido de aquellos tiempos, hasta el punto de que se adivinan antes de que se expliciten. Es más, para sorpresa del lector informado, se superan hasta el esperpento todas las previsiones imaginables. Así se entiende que el régimen liberal de la Restauración aparezca dibujado en los tonos más negros como un «sistema centralista, retrógrado y represivo» en el que la violencia estatal exacerbó la rebelión social hasta el paroxismo. Como no podía ser de otra forma desde el prisma del combatiente, también «la justicia era coto exclusivo de las clases altas», las autoridades «alentaban la práctica del terror policial» y Barcelona, claro está, se construyó como una «ciudad carcelaria» en la que no existían canales para la resolución pacífica de los conflictos laborales. Con este lenguaje melodramático, una vez pasada la primera impresión, al lector no le sorprende que el pistolerismo anarquista de 1918-1923 sea calificado como «lucha de guerrillas urbanas» asumida por unos grupos anarquistas integrados por luchadores idealistas que efectuaban «expropiaciones armadas audaces»; «su lucha era la lucha de un ejército de elite». En este sentido, no es que Eahlam obvie lo que algunos hemos escrito al respecto, es que en su construcción pasa por alto lo que con juicio ponderado dijeron de los grupos de acción testigos tan poco sospechosos de nada como Ángel Pestaña o Adolfo Bueso.

Tratándose de la Restauración, al fin y al cabo un régimen «oligárquico y caciquil», más de uno podría hallar justificación a tanto exabrupto. Pero claro, cuando llegamos a la República las cuentas no acaban de salir ni para los más recalitrantes. Primero, por la empalagosa idealización del mundo de los *barris* que se nos ofrece, esos bastiones de «una cultura rebelde, anticapitalista y anti-

jerárquica», especie de paraíso popular donde supuestamente se preservaban las esencias de la auténtica democracia. Segundo, porque la CNT-FAI siempre resulta exonerada de sus responsabilidades con el argumento falaz de que sólo optó por la violencia cuando constató la ruptura de la esperanza republicana en una nueva era de igualdad, y siempre en respuesta a la represión estatal. Tercero, porque cuando el autor apunta, cuando le interesa, que la República erosionó las libertades civiles y el Estado de derecho, no tiene para nada en cuenta ese mismo termómetro al analizar las continuas vulneraciones de la ley que partieron del mundo libertario y del universo popular de los *barris*. Por ejemplo, al hablar de las «expropiaciones», los atracos y las insurrecciones armadas supuestamente defensivas, en ningún momento se advierte que tales prácticas se realizaron frente a un Estado y una democracia representativa legitimados en las urnas, cuya vocación reformista e intervencionista bajo los gobiernos de Manuel Azaña —por más que discutible desde muchos puntos de vista— no contaba con precedentes en el pasado.

Pero cuando la idealización de los protagonistas o la simple tergiversación de su historia supera todas las barreras es cuando llegamos a la Guerra Civil. No ya por el peso que se le concede a la movilización popular en la derrota de los golpistas en Barcelona, que puede ser objeto de discusión, sino, de nuevo, por la visión angelical que de la misma se transmite. Toda la argumentación se plantea de tal forma que lo que se busca es exculpar a ese sujeto de su implicación en las matanzas o en otro tipo de desmanes y desastres. Por eso se magnifica, por ejemplo, la inseguridad generada por los francotiradores y los pistoleros de la «quinta columna»; se rebaja la implicación de los anarquistas en los asesinatos a la vez que se realza la responsabilidad de las autoridades republicanas, o se exageran las diferencias cualitativas y cuantitativas en el terror aplicado en la zona rebelde y en la zona leal. Todo ello al mismo tiempo que se ofrece un cuadro cautivador de la revolución popular, que habría llenado Barcelona de bibliotecas, servicios médicos, guarderías y miles de nuevas plazas escolares, así como de un eficaz sistema de distribución. Por su parte, la represión contra la Iglesia y la religión habría presentado «un fuerte elemento político y moral», cuyos mentores actuaban con desprendimiento: «La indiferencia de la gente hacia el dinero y los objetos de valor, que a menudo quemaban o desechaban, demuestra que los autores de estas acciones no buscaban su propio beneficio». Es más, aun cuando se reconoce la fuerza destructiva de esa muchedumbre, existirían «pruebas de que los grupos revolucionarios hicieron un esfuerzo concertado para salvar objetos de valor artístico». Y es que su fuerza expropiadora respondía a una «reassegnación de la propiedad eclesiástica» «sumamente racional». La violencia «sacrofóbica», como la misma matanza de clérigos, en vez de explicarse bajo una lógica de impulsos totalitarios, se justifica en términos de «liberación del espacio urbano» de influencias clericales «corruptoras», porque en la «mente popular» (*sic*) —el pueblo católico no cuenta— la Iglesia era sinónimo de causas reaccionarias vinculadas a la preservación del *statu quo*.

Ciertamente, al margen de su enfoque singular, para este viaje no se necesitaban tantas alforjas. Es una lástima que un libro tan innovador por su metodología quede desvirtuado al final por las anteojeras ideológicas de su autor. Con toda seguridad, puede afirmarse que este trabajo, que tiene mucho de aprovechable, en su formato final no hubiera superado los filtros pertinentes en los medios académicos más serios de la historiografía española. A estas alturas de la película, poco tenemos que aprender de la historia militante, sea de factura extranjera o nacional, por más que este género se acoja con éxito, a diestra y siniestra, en amplios sectores de la opinión pública de nuestro país durante los últimos tiempos. Algunas editoriales españolas —como los expertos que las asesoran— deberían ser más cuidadosas y exigentes con lo que publican. Llevadas de un exceso de papanatismo, a veces obvian el principio elemental de que lo que llega de fuera no siempre se puede considerar un producto de calidad.

*Fernando del Rey Reguillo*

JAMES M. MCPHERSON: *This Mighty Scourge: Perspectives on the Civil War*, Oxford University Press, 2007, XII, páginas 260, ISBN 0-19-531366-6.

En la mayoría de las naciones hay un tema histórico que destaca sobre los demás. En la historia de la España contemporánea ese tema es el punto de inflexión del siglo XX: el conflicto fratricida de 1936 a 1939. Para los británicos, la primera guerra mundial, que simbolizó el final de la época dorada eduardiana y de la arrogante omnipotencia del Imperio Británico, sigue fascinando a los historiadores y al público en general. En el caso de Estados Unidos de América, una mirada rápida a *The New York Review of Books* o una visita a cualquier librería o biblioteca muestra que el tema más investigado, más estudiado y más popular de su historia contemporánea no es del siglo XX, sino del siglo XIX: la guerra civil de 1861 a 1865. A pesar de su relativa lejanía en el tiempo, la *Civil War* sigue siendo un tema apasionado, polémico y controvertido. Y ése, precisamente, es el objeto del último libro de James M. McPherson, *This Mighty Scourge*.

McPherson ha dedicado su carrera académica a la guerra civil estadounidense. Ha publicado más de una decena de tomos sobre el tema, entre los cuales *The Struggle for Equality: Abolitionists and the Negro in the Civil War and Reconstruction* (1964), *Marching Toward Freedom: The Negro in the Civil War* (1967), *Abraham Lincoln and the Second American Revolution* (1991), *Crossroads of Freedom: Antietam* (2002) y el libro por el que ganó el premio Lincoln de 1998, *For Cause and Comrades: Why Men Fought in the Civil War* (1997). No obstante, el libro más conocido de McPherson es su contribución a la sobresaliente Oxford History of the United States of America, *The Battle Cry of Freedom: The American Civil War* (1988), que mereció el prestigioso premio Pulitzer. Es posible que, si uno tuviera que elegir un solo escrito sobre la guerra